

Memoria de mi padre inmigrante

Dora Palomino de Álvarez

Mejor título imposible: “memoria de inmigración zamorana”. En este caso “memoria de mi padre”. Cómo [sic] hija ¡Le debía tanto!... Desde la conformación de mi carácter hasta la música de mi voz.

Tengo 72 años (la edad que tenía mi padre en 1970 cuando falleció) y sentí siempre un orgullo muy grande al expresar ¡soy hija de inmigrante!

Don Hermógenes Palomino, como cariñosamente todo el mundo lo reconocía, fue un ser íntegro, sereno, callado, de voluntad increíble...

Nació en Cañizal en 1897, en ese lugar, –asentamiento mozárabe– de paso entre ciudades: Valladolid, Salamanca; añoró los olores y colores de su tierra y el calor y cariño de su humilde hogar.

Un hogar numeroso de siete niños donde sus padres: Cecilio Palomino y Juana Seronero, se multiplicaron para mantener sus necesidades esenciales.

Desde pequeños los niños supieron que debían ayudar a sus padres.

¿Escuela? —Lo poco y bueno que algún maestro dejó en él.

Épocas difíciles de una España pobre. El trabajo fue una constante para todos y en tareas no propias para menores. Mi padre trabajó en las minas desde muy niño, y recuerdo oírle contar anécdotas donde se comportaba ya como un hombrecito.

Ya adolescente, en una España empobrecida, supo de la América donde todo estaba por hacerse. Así llegó a la Argentina en 1911, con sólo catorce años, a realizar lo que se presentara. Todas las actividades de campo, de sol a sol, en distintas chacras donde se abría la tierra, se sembraba, cosechaba, cuidaba animales...

Recordó con cariño a quienes fueron sus patrones. Con el correr de los años más de una vez supo dialogar con ellos y reconocer que lo aprendido le sirvió para salir adelante. También para enamorarse de las extensas pampas

argentinas, tomar costumbres nuevas, seguir en contacto con tantos compañeros inmigrantes que poco a poco buscaron un lugar en América.

Sin embargo desde España llegaban malas noticias, pues la madre patria entraba en guerra con Marruecos.

Mi padre amaba Argentina pero era español y su patria lo necesitaba.

Ya tenía 20 años y marchó para prestar servicio al Norte de África. ¡Cómo quedaron en su mente los recuerdos de la guerra y cuántos nombres de significación mundial fueron recordados! Historias y cantos que sus hijos y nietos escucharon muchas veces para poblar su imaginación o bien como canción de cuna (Tánger... Ceuta-Melilla... Casablanca). Con él había marchado su hermano Alfonso. Fueron 4 años de guerra, de insomnios, de asombro, al término de los cuales regresó a España, a su Cañizal. Es en Cañizal donde mi padre encuentra a la compañera inseparable en el hogar y en el trabajo: Agustina García (hija de Pedro García y de Felipa Sierra). Contraen matrimonio en la Iglesia de Cañizal (hermosa según ellos por su bóveda y sus retablos) el 28 de octubre de 1928.

Aquí comienza la segunda emigración de mi padre hacia la Argentina; como compañía: un baúl y con una larga espera en el “Hotel de los Inmigrantes” para luego ubicarse. Por fin, fueron quintero y cocinera en “El Tigre”, lugar paradisíaco en el delta del Río Paraná. Aquí “Don Hermógenes” cuidó jardines y rosales, cultivó espárragos en quintas que fueron una gloria, mientras mi madre con su manos especiales para la cocina daba prueba de ello cocinando a la manera de la zona Castellana. ¡Qué maravilloso intercambio de olores y sabores! Costará tiempo incorporar el mate a sus gustos...

Aunque se sintieron maravillados en ese lugar, era lejano respecto de cualquier centro y ante la proximidad de la maternidad de mi madre buscaron un lugar más accesible para trabajar y ubicarse. Lo lograron en el centro-oeste de la provincia de Buenos Aires [sic] en la ciudad de Bolívar. Aquí trabaja en varias actividades pero ya soñando con echar raíces en un lugar. Siempre en Bolívar. Y entonces soñó con la granjita que tiene de todo. Parte para la venta, parte para el mantenimiento de la familia.

Años de lucha, de malos caminos para la comunicación, de producir mucho dejando “sudor y lágrimas” y poco valor de lo obtenido.

Mientras siguen llegando hijos: Pedro, Eduardo, Teresa, Dorita (la que escribe) y Agustín, y pasan algunos años hasta que los varones comienzan a colaborar, mientras las mujeres hacemos lo propio junto a mi madre.

Y llegará su primer camioncito (Ford 17 modelo 29’) y ya trabajará como transportista en una época muy difícil. Pero están los varones junto al padre y ¡cosa curiosa! no abandonarán el transporte ni la empresa hasta la vejez. Actualmente continúa el menor de los hermanos con sus hijos.

Al trabajo de transportista, en esta rica zona cerealera, lo complementa con venta de materiales de construcción. Esto surge por nuestra proximidad con las sierras de Olavarría, ricas en cemento porland [sic], cal, piedras...

Pronto nacerá una empresa pequeña (en el 2001 cumplió 50 años) que en muchos momentos fue pulmón para la familia, soportó momentos de crisis, ya no brilla por su movimiento como hace años, pero actualmente continúan en ella mi hermano menor y sus hijos.

Gracias a toda esa evolución y después de pasar épocas difíciles, mi padre había cumplido el sueño de la casita propia.

Algo que no debo dejar de pasar. Para papá la educación de sus hijos fue cuestión primera. Él, que sólo tuvo algunas nociones con un maestro de pueblo, quiso lo mejor (y lo que pudo) para sus hijos.

Con excepción del hijo mayor que terminó el primario [sic], los demás tuvieron el secundario industrial [sic] y la que escribe fue maestra, que ejerció tan noble vocación durante 40 años.

Aquí quiero dejar asentado que aprendí a leer por encima del hombro de mi padre cuando al anochecer regresaba de su trabajo, y era un lector agudo, interesado por todo lo que ocurría. ¡Cuánto disfrutaba la lectura mientras seguía la política mundial!

Me transmitió el amor a la lectura y así fue que desde mis 7 años escribo a España. Cuánto tienen que ver mis padres en esta fluida comunicación y en el conocimiento de mi familia.

Ya tengo 72 años y las cartas salieron y llegaron en tiempo de holgura como las actuales, así como cuando tremendas carencias azotaban a España y a la familia.

“Memoria de un inmigrante”... La de mi padre es difícil de terminarla. Fue una vida tan intensa, con caídas y logros y reconocimientos (Como el premio al Mérito 2001) por su trayectoria a través de 50 años de su pequeña empresa, que sus hijos recibimos con emoción al leer el lema: “Dar de sí, antes que pensar en sí”.

Es charlar de sus cosas y siempre surgirá algo más porque nos decía que sólo tenía la “Universidad de la calle”, pero en un ser que era capaz de escuchar, con gran respeto por los seres humanos, con deseos de superación, visión de futuro. Para nosotros un ser ejemplar.

Para esta hija que fue muy compañera en sus ratos libres (pocos) es un honor sentir admiración por ese padre inmigrante que lejos de su familia y de su tierra fue capaz de construir una familia, vivir interesado por todas las cosas que pasaban en el mundo, de alimentar nuestros sueños con historias de su España.

Compartir con otros inmigrantes trabajos, momentos difíciles como de alegría, (en casa siempre la mesa fue amplia y generosa).

Amó España, la vivió y la sufrió en la guerra.

Amó a Argentina, la vivió con enorme esfuerzo y la gozó en la plenitud de la familia.

Ya en la vejez disfrutaba al ver a sus hijos continuando su tarea con la misma responsabilidad.

Hay algo que me quedó grabado; a la muerte de mi padre 08/07/70, él que había sido un ser de pocas palabras, de bajo perfil, recibió el acompañamiento de casi toda la comunidad.

La savia de este robusto roble alimentó un ramaje de hijos y nietos que se sienten orgullosos del inmigrante trabajador, responsable, solidario, honesto, amoroso...

Don Hermógenes nos dejó hace 35 años, aunque está entre nosotros.